

Enrique Ortiz Aguirre

Golpe a verso:
antología poética de la Guerra Civil

Guillermo
Escolar
E D I T O R

Literatura y Guerra Civil rescata novelas, ensayos, poemarios y piezas teatrales surgidos y publicados durante e inmediatamente después de la contienda. Dirige la colección Emilio Peral Vega, profesor de literatura española en la Universidad Complutense de Madrid.

Literatura y Guerra Civil

Enrique Ortiz Aguirre

*Golpe a verso:
antología poética de la Guerra Civil*

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

La presente edición de *Golpe a verso* se inscribe en el marco del proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia e Investigación *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil. Parte III: la internacionalización del conflicto. Edición de obras inéditas* (Referencia: PID2020-113720GB-I00)

1.ª edición, 2025

© De la presente edición y antología, Enrique Ortiz Aguirre

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28008 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-10-7

Depósito legal: M-11807-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

La literatura es el aliento para salir a batallar
a sabiendas de que se saldrá derrotado.

E. Ortiz Aguirre

A Pilar, por el lenguaje del permanente hacer los milagros.

A Kike, Ariadna, Nereida, Penélope, Luna y Dánae, por alimentar la entropía que somos.

A Niebla, claridad eterna en todos los mapas emocionales.

A mis padres, por tanto; verdaderos héroes épicos.

A mis hermanos, ese lenguaje de la sangre.

A mis amigos, por su aliento.

A Gonzalo, Antonio y Enrique, que me dieron el nombre y el sentido.

A mi querido Emilio Peral, por esa inteligencia lúcida/lúdica para generar nuevos espacios para el conocimiento, tan necesaria como insólita.

A la necesidad de defender una causa para evitar todas las guerras.

1. ATRIO

Aunque pueda parecer una antología más de la poesía de la guerra civil española, este volumen, incardinado en el Proyecto I+D+i *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil (parte III)*, dirigido por el profesor Emilio Peral Vega, presenta un carácter propositivo, al vincular la poesía con los métodos de propaganda –por extensión– y tratar de sistematizar la retórica de la persuasión. Sin obviar el espíritu de arenga, de épica y de aliento, la poesía devino método de propaganda eficaz y, al margen del bando en que se produjera, conviene tratar de identificar los procedimientos que articularon el poder de convicción vehiculados a través del uso estético de la lengua en el fértil contexto de la poesía. Rara vez se ha asociado la poesía de la guerra civil española con un *corpus* que pueda sistematizarse desde patrones comunes, concretamente desde la retórica de la persuasión. Pero es que, además, en el caso de que no se hagan distinguos entre las poesías de los bandos en liza, tampoco se han abordado intentos de sistematizar una matriz retórica compartida en el rastreo de una auténtica poética de la poesía de la guerra civil española: diversa, compleja, de una geografía afectiva profundísima, dúctil, proteica, pero bajo la que late una Pangea identificable. Con todas las dificultades que entraña, se pretende bosquejar ese demiurgo retórico que organiza el *corpus* de esta poesía; de ahí que se trate de una antología crítica, ya que se presenta un *corpus* textual organizado y acompañado de un análisis retórico explicativo, siquiera de manera panorámica,

pero imprescindible para conocer una poética en su articulación de recursos.

A pesar de que pretendemos escapar de las interpretaciones reduccionistas del género lírico, fundamentadas en la expresión íntima de sentimientos y emociones (como si las manifestaciones literarias de otros géneros renunciases a esta dimensión), la poesía representa por excelencia el lenguaje más ontológico de lo decididamente humano. En este sentido, si tenemos en consideración definiciones de lo poético como la del profesor peruano Víctor Vich (2018), comprendemos enseguida el misterioso lenguaje de lo poético, capaz de develar todas nuestras insuficiencias. Así, la poesía, además de promover la connotación y el arrastre significativo de las palabras junto a sus ecos, es aquello que pretende nombrar la tensión del sujeto (por cuanto sus deseos generan un vacío permanentemente incumplido que lo habita, y por cuanto se define precisamente por el divorcio entre las aspiraciones y las ineluctables sujeciones que lo definen), de los vínculos que establece (el amor, la amistad, la familia...; lo que esperamos de ellos y en lo que se convierten realmente –nueva tensionalidad), y del lenguaje (en la certidumbre de que es la forma más eficaz, y al mismo tiempo insuficiente, de expresar lo que vivimos y sentimos). De suerte que la poesía pivota en los elementos consustanciales, ínsitos de lo humano, a modo de una ontología cabal en un decir tensionado que asume su insuficiencia al mismo tiempo que su necesidad para nombrar. No parece, pues, baladí que se convirtiera en el género por antonomasia (Molina, 2016) durante la contienda, en la búsqueda de una eficacia persuasiva infalible que apele a lo más profundamente humano para movilizarlo.

2. LITERATURA EN GUERRA. GUERRA Y LITERATURA

Parece evidente que la guerra en nuestros días ha perdido adhesiones, ya que el rechazo que suscita es mayoritario y se presentan trabajos que atestiguan el desastre que conlleva (Peña et al., 2007); sin embargo, hemos de admitir que la guerra ha conformado un impulso gnoseológico para la conceptualización del hombre y para el origen mismo de su literatura y de su historia. En este sentido, resulta sumamente llamativo el hecho de que las literaturas fundacionales, originarias, sean inseparables de la guerra. Si pensamos en la literatura universal, llegaremos pronto al origen bélico, tanto en el Antiguo Testamento como en la epopeya del *Poema de Gilgamesh* o en el *Mahābhārata* (Morales, 2016). Es más, la obra fundacional de la cultura europea, la *Ilíada* de Homero, constituye un caso evidente de guerra en la literatura a modo de origen y de relación inseparable con lo humano, con lo histórico y con lo literario; de hecho, se ha puesto de manifiesto en diversas ocasiones que «la guerra ha formado parte de la historia de la humanidad desde siempre, y su constatación por escritores de las más diversas literaturas ha sido permanente» (Díez de Revenga, 2018: 274). Asertos de tal índole han generalizado el hecho de que la épica se convertiría en el ejemplo fundacional de lo literario y de creación de lo nacional en toda Europa. Obviamente, no nos referimos a lo bélico como mero escenario costumbrista ni como elemento exótico, de carácter tangencial o de naturaleza ambiental, sino como fundamento vertebrador del hecho literario. A pesar de que pueda

resultar muy discutible que la guerra conforme el origen de lo histórico y de lo literario a modo de monopolio –lo lírico o incluso lo aventurero constituyen aportes indiscutibles al origen–, parece incontrovertible que la guerra participe tanto de la definición del origen como del desarrollo de lo humano, de lo histórico y de lo literario.

Por ello, deberíamos detenernos con especial atención en la dimensión ontológica de la guerra para la conceptualización de lo humano, hasta el punto de que encontramos testimonios como el de Michel Foucault (2014), quien esgrime que el discurso occidental interpreta las épocas de paz como prolongaciones de la guerra, como guerras con otros medios –para entendernos–, por lo que la aquiescencia de lo bélico devendría elemento constitutivo de la diacronía humana misma.

A más a más, si entendemos la política como articulación necesaria de las sociedades humanas, comprenderemos enseguida la identificación de la guerra como política sangrienta y de la política como guerra no sangrienta. Por ello, si la política resulta inseparable de la organización humana, la guerra se convierte en ancilar de lo político y, por ende, en elemento trascendental de lo humano. Esta estrecha relación entre lo político y la guerra goza de amplio predicamento; valga –por antonomasia– el ejemplo de la concepción de la guerra como algo inseparable de la política y de que desvincularlas suponga reducir la significación de lo bélico a algo inútil y sin sentido (Clausewitz, 2017) o identificaciones literales como que «el fin de la acción militar es un equivalente del objetivo Político» (Clausewitz, 2017: 14), que la guerra sea el principal instrumento político, en el pensamiento de Lenin, o que la guerra se deba a un objetivo político, en la concepción de Mao (Aznar, 2011). Ejemplos todos ellos de la asociación entre la guerra y la política y, por tanto, entre la guerra y la definición de lo humano, asediada permanentemente por la dimensión política (Conde, 2012).

Al margen de que podamos considerar que la naturaleza humana presenta tanto rasgos innatos como culturales y que la disquisición en torno a su tendencia hacia el bien o el mal de manera ínsita pueda resultar irresoluble, sí parece evidente que la realidad del ser humano resulta inseparable de la guerra; así, Tzu Sun, en su célebre *Arte de la guerra*, que se retrotrae –*grosso modo*– en torno al siglo v a.C., ya establece la importancia de la guerra para el Estado y la identifica directamente con el dominio de la vida y de la muerte en el ejercicio de la propia supervivencia; además, redimensiona la guerra en el marco de una sesuda reflexión que trata de definirla mediante cinco ejes: la doctrina, el tiempo, el terreno, el mando y la disciplina, que resultan comparables entre los bandos para determinar el resultado de la guerra (Sun, 2009).

A pesar de las dificultades que se pueden encontrar al asociar la etiología de la guerra a la condición definitoria de lo humano (¿ínsito?, ¿biológico?, ¿cultural?, ¿no relacionado?), son múltiples las voces que tienden a identificar al ser humano con la guerra:

Nuestros infortunios son, inevitablemente, el producto de nuestra naturaleza. La raíz de todo mal se encuentra en el hombre y, por consiguiente, él constituye en sí mismo la raíz del mal específico: la guerra. Esta explicación del origen de la guerra, ampliamente difundida y sostenida por muchos como artículo de Fe, ha tenido enorme influencia. Tal es la convicción de San Agustín y Lutero, de Malthus y Jonathan Swift, del Deán Inge y de Reinhold Niebuhr (Waltz, 2007: 3).

De suerte que constatar la participación de la guerra en el desarrollo de lo humano conlleva hacerla partícipe también del origen y desarrollo de lo literario, con la precaución de no otorgarle un papel en exclusividad. Sea como fuere, ligada a la oralidad genésica, la épica como manifestación literaria indisociable de la guerra

y de la aventura no solo habita el origen de las literaturas europeas, sino –por extensión– de la literatura universal. Así, resulta de especial relevancia tomar en consideración la incidencia definitiva de la crueldad y la violencia en el origen de las literaturas antiguas (Ortiz, 2022) y, por ende, la presencia de lo bélico y de la guerra. De este modo, no le atribuiríamos a la guerra una presencia tangencial o meramente escenográfica, de orden contextual y anecdótico, sino que situaríamos la guerra en el orden de lo ínsito humano y de lo fundacional; cuando Marx afirma que «La violencia es la partera de toda vieja sociedad que anda preñada de una nueva» (Marx, 1976: 397), le atribuye a la violencia social y colectiva de la guerra un papel tanto transformacional como de origen.

Por otra parte, pareciera que la naturaleza mítica de la épica (vinculada indisociablemente a las hazañas bélicas) y su carácter como modo del discurso para explicar el origen se constituyan en elementos decididamente fundacionales. Bien mirado, la épica como género literario se ha desarrollado con el marchamo de un desempeño fundamental en la formación de la identidad cultural europea a lo largo de los siglos (Justel, 2013), así como en un lenguaje artístico para la representación de la guerra y de la génesis del héroe como elementos fundamentales en la construcción narrativa. Con ello, no resulta difícil intuir la presencia de lo bélico en las manifestaciones literarias, desde los orígenes hasta nuestros días (Campbell, 1949).

De hecho, la tradición épica europea se remonta a la Antigüedad, con obras como la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, de las que ya se dijo algo anteriormente. Estos poemas épicos establecieron los fundamentos narrativos y temáticos que se perpetuarían a lo largo de la historia literaria europea. La representación de conflictos bélicos y la figura del héroe como protagonista cobran vida en estas obras, forjando arquetipos para generaciones futuras que remedarán en diferentes momentos de la historia las narraciones